





# EL TEATRO ESPAÑOL

## À LO QUE OBLIGA EL HONOR

DE

Antonio Enríquez Gómez

PERSONAS

EL REY D. ALFONSO.  
EL PRÍNCIPE D. PEDRO.  
D. ENRIQUE DE SALDAÑA.

LIMÓN, gracioso.  
D.<sup>a</sup> ELVIRA DE LIARTE.

D.<sup>a</sup> MARÍA DE PADILLA.  
LEONOR, criada.

FÉLIX, criado.  
ACOMPAÑAMIENTO.

### JORNADA PRIMERA

Salen D. ENRIQUE DE SALDAÑA, el REY D. ALFONSO  
y ACOMPAÑAMIENTO.

REY. Despejad la cuadra todos,  
y sólo quede conmigo  
don Enrique de Saldaña.  
*(Dejan solos al Rey y á D. Enrique.)*

ENRIQUE. Los reyes, como divinos,  
con la vista solamente  
sujetan los albedríos;  
ya, señor, estamos solos.

REY. Don Enrique, yo he tenido  
gusto de tratar con vos  
(ya sabéis lo que os estimo)  
un negocio de importancia.

ENRIQUE. Siempre vuestra hechura he sido.

REY. Vos merecéis mi favor,  
por consejero y amigo;  
y pues yo tomé de vos  
los que celebré prodigios,  
uno os quiero dar ahora.

ENRIQUE. Vuestro consejo en mí ha sido  
inviolable mandamiento.

REY. Son tantos los enemigos  
que en la guerra valeroso  
habéis muerto en mi servicio,  
que es necesario premiarlos.

ENRIQUE. Vuestra grandeza lo hizo,  
que quien lleva vuestro nombre  
nunca puede ser vencido.

REY. Bueno será que la espada  
deponga de Marte el filo;

yo gusto que descanséis  
de su bélico ejercicio,  
tomando estado que sea  
de vuestra persona digno.  
¿Qué decís?

ENRIQUE.

Que como el sol  
tiene en las plantas dominio,  
y yo soy de vuestros rayos  
animado sér, pues vivo  
en virtud del que tenéis,  
que dispongáis sin aviso  
de esta hechura que os adora  
lo que fuéredes servido,  
que mandarlo y estar hecho  
vendrá á ser un acto mismo.  
Mas, pues casarme queréis,  
sólo una cosa os suplico,  
y es que reparéis primero  
que á ninguna mujer sirvo,  
y está el tiempo tan cansado  
y tan caduco este siglo,  
que no hay mujer que se case  
que primero su marido  
no la haya galanteado  
honestamente y servido;  
y si la que vos me dais  
tiene este mismo capricho,  
nunca me puede estar bien;  
porque un amor dividido,  
como es sol de ajena esfera,  
es planeta fugitivo  
que va devanando penas  
al cielo de los suspiros,  
y aunque se mude, señor,  
en otro costoso sitio,  
poco á poco con el tiempo

- se vuelve donde ha salido.
- REY. Yo sé que estaréis gustoso del sujeto peregrino que os ofrezco por esposa.
- ENRIQUE. Mi advertencia sólo ha sido por conocerme soldado y nunca á Venus rendido.
- REY. Doña Elvira de Liarre, sol de Castilla divino, es, don Enrique, el sujeto.
- ENRIQUE. Es, gran señor, un prodigio de hermosura y de valor.
- REY. Pues ya que lo habéis sabido, sabed también que esta noche habéis de ser su marido.
- ENRIQUE. Vuestro mandamiento es ley.
- REY. Quien tan buen vasallo ha sido llévese en dote el condado de Carmona.
- ENRIQUE. Si el invicto Alejandro se preciaba de magnánimo y propicio, en vos se mira y se halla, señor, su retrato mismo. (*Vanse.*)
- Salen** el PRÍNCIPE D. PEDRO, D.<sup>a</sup> ELVIRA y FÉLIX.
- PRINCIPE. Ninguno puede juzgar, bella Elvira, del amor, si no le trata en rigor.
- ELVIRA. Vuestra alteza podrá amar mi rendido corazón con aquella autoridad que ostenta la majestad; pero ha de haber distinción de amar por hallarse amado, ó querer sin este medio, que el mío amó sin remedio y el suyo después de hallado. Y pues el vulgo le llama, por lo severo, cruel, más amante y más fiel será mi amorosa llama; que si la Naturaleza le repartió generosa un alma tan belicosa, razón es que vuestra alteza confiese que pudo amar en el grado que se halló, y que mi amor se miró en más dichoso lugar.
- PRINCIPE. Elvira discreta, yo cuanto tengo de cruel tengo de firme y fiel.
- ELVIRA. En esta parte no halló mi amor la dificultad.
- PRINCIPE. Pues erraste el argumento, no por el entendimiento, sino por la voluntad; que el amante verdadero es el que tiene valor, y tanto tiene de amor cuanto tiene de severo. La razón es que no puede el ánimo atropellar el efecto del amar; antes, Elvira, le excede. Y en llegándose á rendir la valentía al amor, acredita su rigor

para procurar vivir. De modo que un alentado, si llega á tener amor, será más firme amador que el más cuerdo enamorado.

ELVIRA. Príncipe y señor, dos años (que días han sido dos) há que nuestro amor secreto dos voluntades ligó. Vuestro decoro real (propio de tanto valor) respetó mi honor de suerte, que sólo Félix gozó la esfera deste secreto; que cuando llega un señor á pretender una dama de calidad y opinión, en el caos de su prudencia debe sepultar su amor, Doña María de Padilla, dama de la Reina, y yo, con los ojos solamente nos celamos la afición; que aunque sé que vuestra alteza ningún favor concedió á sus deseos secretos, ni ella me los declaró, es tan delicado en mí este recelo de amor, que le riño con la vista si le callo con la voz. Considerando el efecto, la calidad de mi honor (que siempre mira los fines aquel que los acertó), quisiera, no os enojéis, que, como tan ciega estoy, voy á tiento caminando á dar en la posesión. Vos sois, príncipe don Pedro, legítimo sucesor de Castilla, y presumir mi vana contemplación que los rayos de laurel me comuniquen su sol, cuanto parece arrogancia carece de discreción. Pues, señor, si ser no puedo deste planeta mayor precursora de su día, ¿qué esperanza le quedó al amor para ser vuestra, pues siéndolo sin honor será acierto del deseo, pero de la sangre nó? Y siendo así, ¿qué remedio podrá asegurar, señor, este riesgo del decoro, precipicio tan veloz, que en el imán de la vida sustenta la estimación? Considerad mi nobleza; y, pues tan discreto sois, reparad lo que merece una mujer con honor. Yo le tengo, y si una vez, por yerro de la razón, le perdiere, os doy licencia que me despreciéis, señor;

que si la vista se precia  
de angélica admiración,  
razón es que vuestros ojos  
diferencien mi opinión;  
porque, de hacer lo contrario,  
juzgaré, dueño y señor,  
que lo que habéis vos perdido  
lo tengo ganado yo;  
que la falta no la tiene  
sino el que no la sintió,  
y si vos no reparáis  
en la falta de mi honor,  
la flaqueza que yo tuve  
se debe poner en vos.  
Este afecto, este deseo,  
este celo, este primor,  
no turbe, no precipite  
vuestra real condición,  
culpando mi vanagloria,  
cuando adorándoos estoy;  
que si vos me habéis prestado  
lo severo del valor,  
no fuera acción poderosa,  
sino baja inclinación,  
perder la soberanía  
el mismo que la ganó.  
Yo soy noble, vos discreto,  
yo mujer y vos señor,  
vos caballero y yo dama;  
consultad con discreción  
lance de tanta importancia,  
entretanto que mi amor,  
ó muere con el desprecio,  
ó vive con el favor.

PRINCIPE. Doña Elvira de Liarte,  
si vuestras razones son  
primores de vuestra sangre,  
por tales los tengo yo.  
Lo que os puedo asegurar  
de la parte de mi amor,  
es que si doña María  
de Padilla declaró  
su amor, que ignoro el deseo,  
la primera que alumbrió,  
señora, este galanteo  
en mi olvido fuisteis vos;  
mi amor primero habéis sido,  
y si vuestro claro honor  
halla imposibles los rayos  
del que habéis llamado sol,  
será bien dalle á entender  
el engaño en que se halló;  
que vanas desconfianzas  
no siempre discretas son.  
Sosegad esos recelos,  
que no siempre se valió  
un laurel de otro laurel;  
que aun hay calidad en vos  
para merecer coronas,  
y aun es pequeño blason.  
Palabra os doy...

FELIX. No prosiga  
vuestra alteza, gran señor,  
que sale doña María.

PRINCIPE. Mal estorbo la dé Dios. *(Vase.)*

**Sale D.<sup>a</sup> MARÍA DE PADILLA**

MARIA. No son vanos mis enojos;  
ó el Príncipe tiene amor

á doña Elvira, ó fué error  
el que fulminan mis ojos;  
pero mi entereza es tal,  
que, aunque le quiero también,  
tal vez por este desdén  
le estimo querermelo mal;  
que el desaire más discreto  
para aborrecer lo amado,  
es ignorar el cuidado  
en público y en secreto.  
Y pues le llego á sentir  
sin querermelo declarar,  
ó el Príncipe me ha de hablar,  
ó primero he de morir.  
Que si Elvira está segura  
de merecer su nobleza,  
gáneme por la belleza,  
pero no por la cordura. *(Llégase.)*  
Elvira, si yo supiera  
tan noble conversación,  
le rogara al corazón  
que antes de agora viniera;  
que un príncipe tan discreto,  
con un ángel platicando,  
irá documentos dando  
al más divino inteleto;  
y el mio, que siempre ha sido  
tan amigo de saber,  
procurará obedecer  
los términos de entendido.  
Pero, pues llega su empleo  
tan tarde, por el favor,  
culpase puede su error,  
pero nunca mi deseo.

ELVIRA. Doña María, ignorar  
ese curioso decir,  
se pudiera presumir  
de una persona vulgar.  
Pero es tu mucha prudencia  
tan perfeta y tan segura,  
que se adorna de cordura  
y se forma de la ciencia.  
Y si en la conversación  
haces del concepto alarde,  
¿cómo puedes llegar tarde  
con tu mucha discreción?  
Que si el manjar del oído  
animado gusto es,  
aunque vinieras después  
no estragaras lo sentido.  
Pues con decirte en rigor  
de la academia el asunto,  
tu juicio sacará junto  
lo tratado por menor.

MARIA. ¿Es lisonja ó cortesía?  
porque me salen colores.

ELVIRA. No es mucho, siendo las flores  
tan propias, doña María.

MARIA. No admiro que me saliera  
este tesoro del Mayo,  
si tu sol con tanto rayo  
le vino por primavera.  
Y pues ocasión me has dado,  
podré saber el asunto;  
que con alcanzar un punto,  
sabré todo lo tratado.  
Y esto no lo digo, Elvira,  
con sombra de vanidad,  
sino por hacer verdad

lo que en mí juzgo mentira.  
 ELVIRA. Si hiciera, mas el Rey viene.  
 (Ap.) (Curiosa es esta mujer;  
 después lo podrá saber,  
 que agora no me conviene.)

**Salen** el REY, D. ENRIQUE DE SALDAÑA, LIMÓN y  
 acompañamiento.

REY. Don Enrique, yo quiero  
 hablalla á solas.

ENRIQUE. De tu juicio espero  
 mayor felicidad para servirte.

LIMÓN. Señor, ¿cómo tan triste?

ENRIQUE. Calla, necio.

LIMÓN. Mosca tiene, por Dios; que este desprecio  
 no viene sin cuidado.  
 Algún tábano grande le ha picado.

REY. Quede sola conmigo doña Elvira.  
 (Vase D.<sup>a</sup> María y D. Enrique.)

LIMÓN. ¡Oh, qué presto retira  
 una palabra real al más heladol  
 Ni aun figura de piedra no ha quedado.  
 Retiráos también vos.

REY. De buena gana.

LIMÓN. Así se retirara una cuartana. (Vase.)

REY. Doña Elvira, los reyes siempre han dado  
 á sus vasallos el debido estado  
 que por su sangre y calidad merecen,  
 y esta es la causa, sí, porque florecen  
 todas las monarquías;  
 los anales lo digan de los días.  
 Yo debo á vuestra sangre generosa  
 esta deuda forzosa,  
 y pretendo pagalla como es justo,  
 y creo que ha de ser á vuestro gusto.  
 Yo os tengo dado estado.

ELVIRA. (Ap.) (Rayo ha sido  
 esta palabra para mi sentido).  
 ¿Casada me tenéis?

REY. Sí, de mi mano.

ELVIRA. Estimo (muerta soy) el soberano  
 favor que me habéis hecho.  
 (Ap.) ¿Qué fuego es éste que abrasó mi pecho!  
 ¿Y con quién, gran señor?

REY. Con don Enrique.

ELVIRA. La fama su valor y honor publique;  
 que aunque está dilatada  
 (Ap.) (aquí fué Troya para mí abrasada)  
 es mayor su grandeza.  
 (Ap.) Perdime á mí, pues que perdí á su alteza.)

REY. ¿Qué respondéis?

ELVIRA. Si puede dilatarse  
 la respuesta, señor...

REY. Es ignorarse  
 en mí el acierto; ello está tratado,  
 y esta noche ha de ser.

ELVIRA. ¿Efectuado?

REY. Sí, Elvira, que un acierto  
 se confirma mejor con el concierto;  
 vuestro esposo es Enrique.

ELVIRA. (Ap.) (¿Hay más veneno?  
 Agora sí que fuera el rayo bueno.)

REY. (Ap.) (Si no me engaño, está con poco gusto,  
 y que apuremos este lance es justo;  
 no demos á un amigo  
 el mayor de los hombres enemigo.)  
 Elvira, he sospechado  
 que deste casamiento habéis quedado  
 disgustada,

ELVIRA. Señor...

REY. Habladme claro,  
 que aun puede este dolor tener reparo.  
 ¿Tenéis amor á algún vasallo mio?

ELVIRA. Nó, señor; pero...

REY. Hablad.

ELVIRA. (Ap.) (¿Qué desvarío!  
 pérdida soy si digo mi secreto.)

REY. Si le tenéis, decidle; que os prometo  
 de casaros con él, si él os merece.

ELVIRA. (Ap.) (Aquí la duda crece.)  
 Señor, no tengo amor ni lo he tenido.

REY. Pues ¿por qué despreciáis noble marido?

ELVIRA. Por servir á la Reina.

REY. Es excusado,  
 ella gusta también daros estado;  
 y no habiendo de amor impedimento,  
 esta noche ha de ser el casamiento.

ELVIRA. (Ap.) (Acabóse mi vida.  
 ¿No hay de limosa un rayo de por vida?)

REY. Alegráos; don Enrique es caballero,  
 soldado y consejero,  
 y de cuyo valor soy yo testigo,  
 y en mis Estados el mayor amigo. (Vase.)

ELVIRA. Aquí acabó mi esperanza.  
 ¿Qué horror, qué desasosiego,  
 qué pérdida, qué fortuna,  
 qué adversidad, qué tormento,  
 qué muerte, qué error, qué pena,  
 qué castigo, qué desprecio,  
 qué dolor, qué pesadumbre,  
 y, sobre todo, qué fuego  
 trujo una palabra sola  
 para mí, que en un momento,  
 alma, corazón y vida,  
 majestad, amor, sosiego,  
 poder, valor y cordura,  
 sér, albedrío y deseo  
 arruinó con una acción,  
 taló con un pensamiento,  
 heló con sola una vista  
 y abrasó con un desprecio?

**Sale** el PRÍNCIPE D. PEDRO.

PRÍNCIPE. ¿Elvira hermosa?

ELVIRA. ¡Ay de mí!

PRÍNCIPE. ¿Tú con llanto, hermoso dueño?  
 ¿Quién dió disgusto á tus ojos  
 para parecer más bellos?  
 ¿Quién á tus hermosas niñas,  
 conchas lucientes del cielo,  
 sacó perlas, apesar  
 de los nácares de adentro?  
 ¿Qué es esto, dueño querido?

ELVIRA. Príncipe y señor, si el cielo  
 quiere que os pierda, ¡ay de mí!  
 para qué la vida quiero?  
 Muera á manos del dolor  
 quien pierde lo que yo pierdo.  
 ¿Cómo perderme, señora?

ELVIRA. Como fué mudable el tiempo...

PRÍNCIPE. ¿Qué mudanza, si te adoro?

ELVIRA. Todo nuestro amor fué sueño.

PRÍNCIPE. ¿Sueño llamas nuestro amor?

ELVIRA. Sí, pues acabó tan presto.

PRÍNCIPE. ¿Son celos?

ELVIRA. Pluguiera á Dios.

PRÍNCIPE. La causa, mi bien, espero.

ELVIRA. La causa es morir.

PRINCIPE. ¿Qué dices?

ELVIRA. Que está el corazón tan muerto, que cuando quiere animar las palabras, late recio, diciéndome: «No lo digas; muere tú, viva tu dueño.»

PRINCIPE. Más me matas de esa suerte; dime, mi bien, el suceso.

ELVIRA. Casóme el Rey con Enrique. Mira si tanto veneno podrá dividir un alma y dejar sin vida un cuerpo.

PRINCIPE. Bien he menester, Elvira, valerme de lo severo en este terrible lance. ¿Qué dices?

ELVIRA. Lo que no puedo decir sin morir, pues vivo sin poder hallar remedio.

PRINCIPE. ¿Qué más pudiera decir si acaso estuviera hecho? El tiempo, el poder y yo somos poderosos dueños.

ELVIRA. ¿Qué tiempo, si es esta noche, por mi mal, el casamiento?

PRINCIPE. Yo lo impediré, apesar de cuantos lo hubieren hecho, dando muerte á don Enrique.

ELVIRA. Eso es perderme y perderos.

PRINCIPE. Amor tengo para todo.

ELVIRA. Nó, señor; nó, amado dueño; vivid vos, que sois el alma de todo este ilustre imperio; muera yo sin gusto, pues nací, sí, para perderos. Arriésguese un alma sola, piérdase un solo sujeto, acábase un solo gusto, sepúltese un solo riesgo, y no alborote una vida toda la quietud de un reino. El Rey es prudente y sabio, Enrique gran caballero; para veros en desgracia del Rey, más quiero perderos.

PRINCIPE. ¿De modo, que llevas gusto de gozar de ajeno dueño?

ELVIRA. Llevo gusto de morir, y voy trazando mi entierro, vistiendo de luto en vida mis perdidos pensamientos.

PRINCIPE. ¿Tú casar viviendo yo?

ELVIRA. Si queréis honrar mi cuerpo, halláos, señor, esta noche en aqueste casamiento; que no hay mejor sepultura para una mujer de ingenio, que un matrimonio forzado y un aborrecido dueño.

PRINCIPE. Elvira, si tú te casas (que he de morir yo primero que tal agravio permita), fábula será mi empeño.

ELVIRA. En las frentes laureadas no milita ese defecto; ocupe doña María deste eclipsado lucero los rayos, pues fué mi amor flor deslucida en almendro,

que nace en brazos del alba y viene muerta naciendo.

PRINCIPE. ¿Así agravias mi valor?

ELVIRA. Nunca os agravió mi pecho.

PRINCIPE. Pues ¿cómo quieres casarte?

ELVIRA. ¿Yo casarme? Quiera el cielo que antes de ponirme el lazo me ahogue mi sentimiento.

PRINCIPE. Yo soy tu esposo, mi bien.

ELVIRA. Ya es tarde, no podéis serlo.

PRINCIPE. ¿Quién lo impide?

ELVIRA. Mi fortuna. Adiós, mi adorado dueño; que pues se me acaba el nombre, y ya por instantes muero, justo será que le goce el alma este breve tiempo, que ese le cabe de vida y le sobra de tormento.

PRINCIPE. Siglos han de ser, señora.

ELVIRA. Siglos serán de desprecios los que pasaré sin vos; no más, no más, que no puedo formar la voz, pues me dicen mis suspiros allá dentro que no es bien que viva agora quien ha de morir tan presto. (*Vanse.*)

**Salen LIMÓN y LEONOR.**

LIMON. Leonor, yo lo supe agora, y que esta noche ha de ser doña Elvira su mujer.

LEONOR. Huélgome que mi señora con don Enrique se case, que es muy noble tu señor; y pues me tienes amor, también es justo que pase, si gustas, entre los dos el casamiento segundo.

LIMON. Primero me iré del mundo; no me hables de eso, por Dios. ¿Yo casarme? guarda fuera; ¿bodas yo? no por mi casa; no he de asentir esa basa aunque el ser hombre perdiera.

LEONOR. Pues ¿por qué?

LIMON. Por no lidiar con mujer, ni ella conmigo; ni que lidie el más amigo, á quien he de sustentar.

LEONOR. Pues ¿no es bueno el matrimonio?

LIMON. Bonísimo para ti, mas no, Leonor, para mí.

LEONOR. Pues ¿qué temes?

LIMON. El demonio, que es sutil, y si casado contigo, Leonor, me viera, por tentarte me corriera.

LEONOR. Subiérame yo al terrado.

LIMON. Pues por eso no me caso, y por otras niñerías, y si un poco más porfias, las diré más que de paso.

LEONOR. También las puedes decir, como yo nunca creer.

LIMON. Si se diera una mujer á contento ó despedir, aun pudiéramos los dos no reclar un desdén,

y si no te hallaras bien,  
te pudieras ir con Dios.  
Porque si entiendes que yo  
me case á carga cerrada,  
es locura declarada  
que no puedo aguardar, nó.  
Un dote muy boceado,  
un gasto muy consumido,  
un hijo muy mal parido  
y un ordinario cansado.  
Pues si tienes madre ó tía  
(sogas de todo casado),  
y yo algun necio ññado,  
digote que en Berbería  
me vea si me casare  
en mi vida con mujer;  
que quiero lazo arromper  
cuando á mí se me antojare.

LEONOR. Pues vaya el necio á buscallo  
al infierno.

LIMON. ¿Qué mayor  
que desposarme, Leonor?

LEONOR. Por cierto, lindo caballo.

LIMON. Yo sé que me transformaras  
muy presto en otro animal,  
que es el dote principal,  
Leonor, en que me dotaras.  
Mas dejando el matrimonio  
como si nunca le hubiera,  
¿quieres, Leonor, que te quiera?

LEONOR. Quiero que des testimonio  
de que soy mujer honrada,  
haciendo cuanto me dices,  
y porque lo solenices,  
será después de casada. (*Vanse.*)

### Salen el REY y D. ENRIQUE DE SALDAÑA.

REY. Enrique, el tomar estado  
es de la sangre trofeo,  
y acertando en el empleo,  
el gusto queda pagado.  
Hablé á Elvira, y si un agrado  
honestamente amoroso  
es centro del más dichoso,  
en vuestra esposa le hallé,  
y también la examiné  
de lo que estáis receloso.

ENRIQUE. ¿Y qué respondió, señor?  
REY. Que á ninguno amor tenía;  
y dió á entender que sería  
más dilatado el favor  
si yo gustaba en rigor  
que el plazo se dilatase,  
para que ella mejorase  
de honor y merecimiento  
sirviendo á la Reina.

ENRIQUE. (*Ap.*) (Siento  
que el Rey no se lo otorgase.)  
Señor, si vos lo ordenáis,  
que confiese el alma es justo  
que toma estado á su gusto.

REY. Yo sé bien lo que ganáis.

ENRIQUE. Mirad que vos me casáis;  
y si Elvira, por servir  
la Reina, quiere admitir  
dilación entre los dos,  
yo, por serviros á vos,  
lo mismo puedo decir.

REY. No es bien, Enrique, que yo

admita vuestro consejo.  
ENRIQUE. Vuestra palabra es espejo  
donde el alma se miró;  
noté que se desvió  
doña Elvira con desdén  
de su cristal, y si el bien  
consiste en la claridad,  
yo miré en la majestad  
la acción que me está más bien.  
Por serviros tengo amor,  
y adoro, por vuestro empeño,  
el noble y divino dueño,  
donde gano tanto honor.  
Dudo el estado mayor,  
mas el cielo me ha de dar  
vida para no dudar,  
recelo para sentir,  
muerte para no vivir  
y pena para callar.

Salen D.<sup>a</sup> ELVIRA, D.<sup>a</sup> MARÍA DE PADILLA, el príncipe D. PEDRO, LEONOR, LIMÓN y FÉLIX.

MARIA. ¿Puedo darte parabién  
del nuevo estado que gozas?

ELVIRA. (*Ap.*) (Ya empiezan mis enemigos  
á atormentar mi memoria.)

LIMON. Los novios vienen á vistas.

LEONOR. Sí, pero triste la novia.

LIMON. Y mi amor, ¿no lo ves  
con la cara toda á orza?

PRINCIPE. Que te adoro he de decir  
públicamente.

ELVIRA. Si tomas  
resolución de mi muerte,  
no llevarás la victoria,  
porque yo vengo sin vida.

PRINCIPE. ¿Cómo me impides, señora,  
este de amor noble afecto?

ELVIRA. Príncipe y señor, las cosas  
que dispone la fortuna  
son lances de la discordia;  
ya que me quitas la vida  
no pongas duelo en la honra.  
Yo te quise, ya pasó,  
no vuelvas á la memoria  
las finezas de mi amor,  
cuando están llorando todas  
su muerte, pues muerte ha sido  
esta fuerza rigurosa.

PRINCIPE. En fin, ¿quieres que te pierda?

REY. Don Enrique, esto os importa.

ELVIRA. Mira que los dos estamos  
ciegos, y que espero agora  
perder la vista del alma  
en tanto que otro la cobra.

REY. Doña Elvira, á don Enrique  
vuestro esposo, que ya goza  
(corto blasón á su sangre)  
el condado de Carmona,  
dad la mano.

PRINCIPE. (*Ap.*) (No es posible  
sufrir acción tan costosa.)

FÉLIX. Mira, señor, que te pierdes.

PRINCIPE. Sólo su honor me reporta.

ENRIQUE. Á la voluntad del Rey  
mi mano...  
(*Al irse á dar las manos cae D.<sup>a</sup> Elvira.*)  
Querida esposa,  
(*Ap.*) (Parece que el primer lance

duda lo que el alma llora.)  
 REY. Padrinos la Reina y yo seremos en estas bodas.  
 MARIA. Doña Elvira va sin gusto.  
 LIMÓN. ¿Esto es casar? Lindas tortas.  
 REY. Venid, Enrique, conmigo; y doña Elvira éntre agora á visitar á la Reina.  
 PRINCIPE. En fin quisiste, ingeniosa, darme muerte con casarte.  
 ELVIRA. Mirad que el alma se ahoga y no puede responderos.  
 PRINCIPE. ¿Y mi amor, Elvira hermosa?  
 ELVIRA. Vuestro amor futé como el mío; salió luz y murió sombra.  
 PRINCIPE. ¿Y mi dichosa esperanza?  
 ELVIRA. Fué estrella y acabó en rosa.  
 PRINCIPE. ¿Y mis constantes palabras?  
 ELVIRA. El viento las llevó todas.  
 PRINCIPE. ¿Y mi voluntad rendida?  
 ELVIRA. Descanso tomará en otra.  
 PRINCIPE. ¿Y mis suspiros?  
 ELVIRA. Adiós,  
 que mis ojos van agora á destilar poco á poco el corazón, que se ahoga en un diluvio de agravios, que anuncian trágica historia.

**JORNADA SEGUNDA**

**Salen LEONOR y LIMÓN.**

LEONOR. Lindo estado el matrimonio.  
 LIMÓN. ¿Por qué lo dices, Leonor?  
 LEONOR. Dígolo por nuestro amor.  
 LIMÓN. Levántase un testimonio; que si casados no estamos, ni pienso que lo estaremos, ¿de qué sirven los extremos?  
 LEONOR. ¿Cómo nó, si lo esperamos? Toma ejemplo en tu señor y en su esposa doña Elvira.  
 LIMÓN. Casamiento que suspira nunca me agradó, Leonor; demás, que hay gran diferencia de los lazos superiores, Leonor, á los inferiores; escucha la consecuencia: yo juzgo que tu señora y don Enrique casaron á disgusto; pero hallaron á aquella pequeña aurora en la sangre que, heredada en el noble nacimiento, llora con entendimiento, como si no hiciera nada. Mi amo, con juicio grave, enamora á lo señor, que es un amor sin amor, que se sabe y no se sabe; doña Elvira se previene deste prudente rigor; ama, pero es un amor

que se tiene y no se tiene; él busca términos cultos cuando quiere enamorar, y ella le sigue en buscar otros críticos y ocultos; bien que los amores llanos se dicen con melodía, y á mi ver es cortesía, como «bésote las manos;» ayer la dijo «mi amor,» y ella le dijo «mi bien,» y los dos el parabién se dieron de este favor; el amor vino cansado, el bien vino retraído, y uno y otro tan caído que me trastorné de un lado; mas, como la autoridad es fundamento sagrado, se tuvieron por estado en su misma gravedad.  
 LEONOR. Yo he reparado, Limón, también en esos amores, y creo que los señores adoran por ilusión; el día del desposorio á la una se acostaron y á las seis se levantaron.  
 LIMÓN. Es su desprecio notorio; condeno los disfavores haciendo del alba alarde, porque el levantarse tarde es muy propio de señores,  
 LEONOR. Licencia Elvira pidió para venir á palacio, y un sí vino tan despacio, que se duda si llegó; de don Enrique el disgusto se vió tan disimulado, que no fuera declarado sino por el mucho gusto que mi señora mostraba; de suerte que, en cortesía, lo que el uno se refa el otro, Limón, lloraba; mas esto con tal decoro en los lugares de adentro, que la risa buscó el centro y la estimación el lloro; que, como los dos estaban en diferente lugar, se vinieron á encontrar en lo mismo que dudaban; nuestro amor fuera en los dos, Limón, mucho más propicio.  
 LIMÓN. Reniego de tal oficio, no me hables de eso, por Dios; solamente con oïllo me corro, y nunca quisiera que ninguno me corriera.  
 LEONOR. Mi amor, Limón, es sencillo.  
 LIMÓN. Yo lo creo.  
 LEONOR. Lindo modo; pues bien lo puedes creer.  
 LIMÓN. Créolo sin responder y tataracreo y todo.  
 LEONOR. Pues si es así, di, Limón, ¿cómo casarte no quieres?  
 LIMÓN. Porque todas las mujeres

carecen de condición.  
 Si es altiva es intratable,  
 si es necia es impertinente,  
 si es hermosa nada siente,  
 si es fea es irremediable,  
 si es celosa es atrevida,  
 si es noble nadie la agrada,  
 si es pobre desconfiada,  
 si es rica desvanecida,  
 si es limpia muy melindrosa,  
 si es sucia es un Satanás,  
 si es soberbia un Barrabás,  
 si habla poco es maliciosa,  
 si habla mucho es un molino,  
 si es liberal es perdida,  
 si es avara mal nacida,  
 si es loca es un desatino,  
 si el marido es algo bueno,  
 ella luégo es algo mala;  
 si no hay cada mes su gala,  
 hay cada día un veneno;  
 si no la quieren se empera,  
 y si la quieren no quiere;  
 si no hay paseo se muere,  
 y habiéndole es todo guerra;  
 la más fina es más ligera,  
 la más cuerda más taimada,  
 la más sabia más errada,  
 la más dócil más entera.  
 De modo que es, en rigor,  
 si lo quieres entender,  
 para un hombre la mujer,  
 la ninguna la mejor;  
 pues si le entrega el marido  
 algún poder, poco cuerdo,  
 aquí es, Leonor, donde pierdo  
 (y con razón) el sentido;  
 la verás luégo mandar  
 con imperio tan cruel,  
 que puede el propio Luzbel  
 aguardalla ni esperar;  
 en fin, para no morir  
 de necio y de majadero,  
 quiero más morir soltero  
 que no casado vivir.

LEONOR. Si el Príncipe no saliera,  
 yo te dijera, Limón,  
 los hombreitos quién son.

LIMÓN. Yo, Leonor, te respondiera.

**Salen el PRÍNCIPE y FÉLIX.**

FELIX. Yo con Limón hablaré.

PRÍNCIPE. Y yo le diré á Leonor  
 mi intento.—¿Leonor?

LEONOR. ¿Señor?

PRÍNCIPE. Oye aparte. Yo seré  
 á tu amor agradecido,  
 si haces por mí cierta acción  
 sin que des parte á Limón.

LEONOR. Hecha está, si eres servido  
 de decírmela.

PRÍNCIPE. Yo quiero  
 hablar esta noche á Elvira,  
 sin que ella lo sepa.

LEONOR. Mira  
 que Enrique es gran caballero.

PRÍNCIPE. Mi intento es sólo, Leonor,  
 pues doña María es su amiga,  
 que cierta pasión la diga.

LEONOR. Bien está; pero, señor,  
 ella ha venido á palacio,  
 y aquí la podrás hablar.

PRÍNCIPE. Lo que yo quiero tratar  
 requiere, Leonor, espacio.

LEONOR. De día no puede ser.

PRÍNCIPE. Esto me importa, Leonor.

LEONOR. Mucho temo á mi señor.

PRÍNCIPE. Á las diez irá á saber  
 si tiene cierta pasión  
 una pequeña esperanza.

LEONOR. Si un príncipe no la alcanza,  
 ¿quién podrá?—Vamos, Limón. (*Vanse.*)

**Salen D.<sup>a</sup> ELVIRA y D.<sup>a</sup> MARÍA.**

MARIA. Mil parabienes te doy  
 por las nuevas que me das;  
 que tus gustos, doña Elvira,  
 son propios y de estimar.

ELVIRA. Es don Enrique, mi esposo,  
 tan cuerdo y tan principal,  
 y se acordaron de suerte  
 la mía y su voluntad,  
 que no puedo más quererle,  
 ni él á mí quererme más.

MARIA. Es en dos nobles casados  
 la mayor felicidad.

ELVIRA. (*Ap.*) (Esta presume que reina  
 en mí, mas presume mal,  
 aquel amor tan costoso  
 y difícil de quitar.)

MARIA. (*Ap.*) (Elvira puede muy bien  
 en su amor decir verdad;  
 pero yo no he de creer  
 esta mudanza jamás,  
 y si la tiene, su amor  
 ni fué amor ni llegó allá;  
 que el amor, si es verdadero,  
 es, como el alma, inmortal,  
 que en entrando en la materia  
 sin la muerte no se va.)

¿Sabes, amiga, qué veo?  
 Que si no ha tenido igual  
 tu hermosura (no me engaño),  
 después que casada estás  
 los rayos de tanto sol  
 han salido á lucir más.

ELVIRA. Quédese, doña María,  
 ese requiebro solar  
 para quien goza las luces  
 de tu perfecta deidad.

MARIA. ¿Hablaste al Príncipe?

ELVIRA. No,  
 que es tarde y me reñirán  
 en mi casa, según dice  
 toda la gente vulgar.

MARIA. Asegúrote que temo  
 una grande enfermedad  
 en don Pedro, que estos días  
 me dicen que se halla mal.

ELVIRA. Déle Dios salud perfecta.

MARIA. Solía conmigo hablar  
 y agora no hay quien le vea.

ELVIRA. Él es cuerdo y volverá.

MARIA. Si tú estuvieras aquí  
 no lo pudiera dudar.

ELVIRA. Antes presumo al contrario.

MARIA. La discreción es imán,  
 y junto con la hermosura,

se lleva la majestad.  
 ELVIRA. Yo sé bien, doña María, que tú te la llevarás.  
 MARIA. ¿Yo, doña Elvira?  
 ELVIRA. Si, amiga; que nadie puede dudar lo que merece tu sangre, tu virtud y calidad.  
 MARIA. La corona está muy lejos para podella gozar; demás, que tengo á don Pedro, aunque es discreto y galán, por un hombre sin amor, y yo no le tengo más.  
 ELVIRA. Lo mismo puedo decir.  
 MARIA. No te quiero confesar.  
 ELVIRA. Ni yo á tí, doña María. La noche se viene ya; adiós.  
 MARIA. Mil años te goces.  
 ELVIRA. Tú siglos de eternidad.

**Salen el PRÍNCIPE y FÉLIX, de noche.**

PRINCIPE. No me puedo divertir, si no es rondando esta casa; que, como el alma se abrasa, para procurar vivir, con los suspiros pretende decir á Elvira su amor.  
 FÉLIX. Flaca defensa es, señor, si Elvira no los entiende.  
 PRINCIPE. De palacio salió agora; seguila, en su casa entró, y como Enrique quedó con el Rey, tengo la hora más segura de mi amor.  
 FÉLIX. En grande riesgo te pones.  
 PRINCIPE. Nunca estos riesgos abones.  
 FÉLIX. No ha de abrirte.  
 PRINCIPE. ¿Quién?  
 FÉLIX. Leonor,  
 busca otro nuevo cuidado; que un filósofo decia que el amor es como el día, que con otro es olvidado.  
 PRINCIPE. Sí, pero no reparó ese necio impertinente que el mejor día presente nunca llega al que pasó.  
 FÉLIX. No sé yo si puede ser tan seguro ese argumento.  
 PRINCIPE. Cuando apruebe el pensamiento (lo que no debo creer), quien te dijo que pasó en mi corazón el día de doña Elvira, podía decirte que no llegó.  
 FÉLIX. Señor, si ella está casada, ¿qué día puedes gozar?  
 PRINCIPE. El que ella me puede dar.  
 FÉLIX. ¿Cómo, si es noble y honrada? Mejor te fuera, señor, pues has perdido este día, tenelle en doña María.  
 PRINCIPE. No es posible en tanto amor.  
 FÉLIX. Mira que es tarde, y podrás dar escándalo en la puerta.  
 PRINCIPE. Si la del alma está abierta, en vano te cansarás,

**Salen D. ENRIQUE y LIMÓN.**

ENRIQUE. Limón, tarde hemos llegado.  
 LIMÓN. Á mi parecer, señor, serán las diez en rigor; mucho en palacio has estado.  
 ENRIQUE. Por venir con más secreto, solo contigo he venido; llega y abre, que un olvido sin escándalo es discreto.  
 (Dale la llave maestra D. Enrique á Limón, y al querer abrir la puerta, topa con Félix y el Príncipe.)  
 LIMÓN. Llego.  
 FÉLIX. ¿Quién va?  
 LIMÓN. Las narices, pues con ellas he llamado.  
 ENRIQUE. ¿Quién es, Limón?  
 LIMÓN. He topado unos barbados tapices.  
 FÉLIX. No sea Enrique, señor; retirate, que he notado....  
 PRINCIPE. Yo jamás me he retirado.

**Sale á la puerta LEONOR.**

LEONOR. ¿Es el Príncipe?  
 PRINCIPE. ¿Es Leonor?  
 ENRIQUE. Á esta parte te retira.  
 (Pasan D. Enrique y Limón de la otra parte.)  
 FÉLIX. Los que á la puerta llegaron, si no me engaño, pasaron.  
 LEONOR. Mi señora, doña Elvira, en su cuarto retirada aguardando á mi señor está, y si sabe mi error, que yo no la he dicho nada, no hay duda que me dé muerte.  
 LIMÓN. La puerta abrieron, señor.  
 ENRIQUE. Calla; ¿ya empieza mi honor á peligrar desta suerte? Pero será algún criado.  
 LEONOR. No la has de poder hablar.  
 PRINCIPE. Leonor, yo tengo de entrar á salir de este cuidado.— Vete, Félix.  
 FÉLIX. Señor, ¿yo?  
 PRINCIPE. Buen hielo para mi fuego.  
 ENRIQUE. No escucho nada, yo llego.  
 LEONOR. Entra, pues.  
 (Cuando D. Enrique quiere llegar á la puerta entra el Príncipe, cierra Leonor la puerta y Félix se va, y Limón y D. Enrique quedan solos.)  
 LIMÓN. Entró y cerró.  
 ENRIQUE. ¿Quién á estas horas, Limón, estará fuera de casa? ¿Cómo este desorden pasa donde hay consejo y razón? Abre, que quiero saber quién es causa deste error.  
 LIMÓN. Será sin duda Leonor, porque otro no puede ser.  
 ENRIQUE. No me puedo persuadir tan brevemente á un engaño; averigüemos el daño para vivir ó morir.  
 (Vanse D. Enrique y Limón.)

**Salen** D.<sup>a</sup> ELVIRA y el PRÍNCIPE, con luz, y LEONOR.

- ELVIRA. Señor, tanto atrevimiento donde pelagra el decoro, donde se arriesga la vida y se da el honor á logro, cuanto tiene de imprudente se ostenta de escandaloso; mirad quién soy, y mirad que don Enrique, mi esposo, cuanto le dudé le estimo, cuanto le ofendí le adoro, si es ofensa no quererle antes que fuera mi esposo.
- PRÍNCIPE. Yo vengo, Elvira, á saber si aquel cariño que lloro, aquel amor que no veo, aquel favor que no gozo, aquel sol que no visito, tiene en su divino golfo si no rayo, una centella, y si no centella, un solo ardor que me vivifique, pues los he perdido todos.
- ELVIRA. No es tiempo, señor don Pedro, de discursos amorosos; ya acabaron las finezas, los suspiros, los sollozos, los amores, los regalos de la mocedad y el ocio; volvéos, si no queréis, con artificio costoso, manchar el mejor armiño, cortar el mejor pimpollo, deslucir la mejor fama que alumbra el planeta rojo; ya dieron fin los deseos, aquel fué un tiempo, este es otro; entonces privó el amor y agora el honor heróico; los que allí favores fueron son aquí duros escollos; las que allí esperanzas vanas aquí imposibles estorbos: mi honor ha de ser primero, vuestro amor postrero en todo; el que os tuve fué prestado, el que tengo agora es propio. ¿Don Enrique?
- LEONOR. Él ha llegado.
- ELVIRA. ¿Qué habéis hecho? ¿Deste modo habéis querido perderme?
- PRÍNCIPE. El retirarme es forzoso.  
*(Retírase el Príncipe detrás de un paño.)*

**Salen** D. ENRIQUE y LIMÓN.

- LIMÓN. Entraron, mas no salieron.
- ENRIQUE. ¿Elvira?
- ELVIRA. ¿Querido esposo?
- ENRIQUE. ¿Cómo tan tarde, mi bien?
- ENRIQUE. Como fué lance forzoso.  
*(Ap.)* (Limón, guárdame la puerta.)
- LIMÓN. Yo la guardaré de modo que no salga ni un mosquito. *(Vase.)*
- ENRIQUE. Elvira, mi bien, no ignoro que es fineza del amor (y por tal la reconozco) el no haberos recogido. Retiráos, que tengo un poco

que despachar.—Vé, Leonor, por papel y tinta.

- ELVIRA. ¿Solo os queréis quedar aquí?
- ENRIQUE. Tengo un despacho forzoso del Rey, y á las seis, Elvira, lo he de llevar.
- ELVIRA. *(Ap.)* (Poco á poco, pesar, me vais acabando; ¡oh, si viniérades todos de una vez, para que fuese breve el mal, el dolor corto!)
- LEONOR. Á la puerta está Limón de guarda.
- ELVIRA. ¡Qué horror, qué asombro!
- LEONOR. ¿Qué haré, señora?
- ELVIRA. Morir, último remedio y solo.  
*(Vanse D.<sup>a</sup> Elvira y Leonor.)*
- ENRIQUE. Cuando se llega á dudar en un recelo de honor, la prudencia es el valor y la cordura el callar; yo ví, cuando quise entrar, el que me quiere ofender; adquirir no es merecer, conservar es discreción, pues busquemos la ocasión para morir ó vencer: dos lances averiguados son los que privan aquí; verdad ó ilusión, y en mi entrambos son declarados; los agravios ignorados buscan su mismo castigo, no ser de mí mal testigo fuera error, fuera bajeza; válgame aquí la nobleza, busquemos á mi enemigo. *(Toma la luz y entra por la una puerta del vestuario y sálgase por la otra.)* En todo lo que he mirado, por una y por otra cuadra, no he hallado señal ninguna desta ilusión que me mata; Limón me guarda la puerta, Elvira está retirada; veamos este retrete, que él solo á mis dudas falta. *(Descubre una cortina y ve al Príncipe.)* ¡Válgame Dios!
- PRÍNCIPE. Don Enrique, don Pedro soy, que en tu casa está, por desgracia tuya; no te he de volver la cara, que no la vuelven los reyes, como deidad soberana. Yo vine á verte esta noche, y á darte, Enrique, esta carta, que me pediste en palacio; tú sabes de lo que trata. Doña María de Padilla, á quien el alma idolatra, es grande amiga de Elvira; prudente eres, esto basta. Si algún recelo has tenido, por la cruz de aquesta espada juro, como caballero, que el sol, en su esfera sacra,

no vive tan puramente como tu esposa; no hagas alguna acción que desluzca tanto honor, pureza tanta. Respeto fué retirarme debido á tu sangre y casa; ordena como prudente, elige como Saldaña, que un príncipe te asegura y un laurel te desengaña.

ENRIQUE. *(Retírase.)* (Quien se casa á su pesar, cuando á este lance llegó, lo mismo que receló llega sin alma á mirar; pretender alborotar con los celos el honor, no es cordura, no es valor. ¡Oh, quién no hubiera nacido, para no ver ofendido el sagrado de su honor! ¡Quién, cielos, imaginara que el Príncipe me ofendía! Mas cualquiera lo diría que mis recelos mirara; perderme tan á la clara será temeraria acción; válgame aquí la razón, saquemos fuerzas del sér, que no siempre ha de tener su imperio la condición. La disculpa que me ha dado el Príncipe en su delito, ni la quiero, ni la admito, pues con ella me ha agraviado; no puedo quedar vengado de tanta soberanía. Siquiera de cortesía, cielos, en tanto desmayo, ¿no habrá para un triste un rayo antes que amanezca el día?) *(Al Príncipe.)* Señor, estaba dudando si puede la majestad ser ilusión soberana y en muchas partes estar. Hallaros yo retirado, señor, en este lugar á deshora, visitando esa ciega obscuridad, parece sueño ó delirio de alguna pasión mortal; vos la debéis de saber y yo la debo llorar. El cuidado de la carta pudiérais bien excusar, pues siendo vos el señor hace grande novedad ser desta suerte scrvido el criado más leal. Abonarme á doña Elvira también viene á estar de más; pues para ser ella sol en el honor que le dais, basta saber que soy yo su esposo, y ella el imán del decoro que se debe á su sangre y calidad. Agradezco el juramento, y os agradecería más no hallaros aquí escondido;

pero, si obliga á callar el respeto de los tres, esta puerta viene á dar al jardín, salid por ella, que no es bien alborotar los criados de mi casa; y advertid que os vine á hallar en esta cuadra escondido, para que sepáis de hoy más que no os habéis de esconder cuando me venís á honrar. *(Abre D. Enrique la puerta del jardín y prosigue.)*

PRINCIPE. Esto, señor, os suplico; mirad que en la obscuridad se ve al Rey, pues siendo sol, por la luz le han de sacar. *(Ab.)* (La fuerza de la razón reprime la majestad y mi condición cruel.) Don Enrique, adiós quedad. *(Vase el Príncipe por la puerta del jardín y queda D. Enrique.)*

ENRIQUE. ¡Júez soy de mi honor, el pleito empieza condenando la parte poderosa; averigüemos una causa honrosa, propia de la cordura y la nobleza. Sentencia ejecutar no es entereza que lleva bien la claridad forzosa, no se ha de echar la firma rigurosa sin haberse probado la baja. Si se hallare este reo inobediente viva el honor y salga de cuidado, obre el discurso lo que el alma siente; que en la batalla de mi necio estado, la victoria más alta y excelente es morir con valor ó ser honrado.

Sale LEONOR.

ENRIQUE. ¡Hola!

LEONOR. Señor.

ENRIQUE. ¿Doña Elvira se recogió?

LEONOR. Sin que acabes de escribir, dudo que amor lo consienta.

ENRIQUE. Ve al instante, y dila que á mí me importa leer unos memoriales que su majestad me dió, como la dije esta tarde; y que voy al escritorio de mi cuarto, que no trate, Leonor, de tantas finezas, que no podré despacharme en un hora.

LEONOR. Voy volando. *(Vase.)*

ENRIQUE. Esto es hecho; agora salen sin duda á ver á don Pedro y deste cuarto sacalle; mato la luz y me pongo en la cuadra; fuertes lances son los que el cielo esta noche ordena para matarme. *(Mata la luz y mítese en la parte donde estaba el Príncipe.)*

Salen D.<sup>a</sup> ELVIRA y LEONOR.

LEONOR. Retírase á su escritorio.

ELVIRA. Pues la obscuridad nos vale,  
por la puerta del jardín  
salga el Príncipe al instante.  
(*Llégase Leonor á don Enrique.*)

LEONOR. Señor.

ENRIQUE. ¿Quién va?

LEONOR. Doña Elvira,  
mi señora.

ELVIRA. Y tan cadáver,  
que sólo pisa su vida  
de la muerte los umbrales.  
Príncipe, cuya vida,  
soberbia y atrevida,  
fué un tiempo idolatrada  
y agora aborrecida y despreciada,  
¿qué ciego atrevimiento  
el cuerdo de su sér entendimiento  
eclipsó desta suerte  
para dar á mi honor tan civil muerte?  
Si amor me tuvo...

ENRIQUE. (*Ap.*) (¡Oh ciego desvarío!)

ELVIRA. Antes que fuese don Enrique mío,  
agora ¿qué pretende  
sabiendo que me ofende?  
Si honestamente quise á vuestra alteza,  
¿cómo agora no mira la nobleza  
de don Enrique y mía?

ENRIQUE. (*Ap.*) (¡Oh noble oído!  
Gracias á tanta luz como has traído.)

ELVIRA. Si esto pasa adelante,  
yo, que soy de mi honor firme diamante,  
iré á los pies del Rey, cuerda y honrada,  
y pediré justicia declarada  
contra un príncipe injusto,  
que atropellar pretende, por su gusto,  
con un amor tirano y atrevido,  
la paz que con mi esposo he merecido.

ENRIQUE. Señora....

ELVIRA. Es ignorancia conocida  
conquistar una vida  
que don Enrique goza tan de veras;  
en garzas más humildes y ligeras  
tendrá su amor remedio.

ENRIQUE. (*Ap.*) (Díome la vida este prudente medio.)

ELVIRA. Sálgase ó daré voces, alterando  
el secreto que el alma está guardando  
á la reputación que honor me ha dado;  
que aunque lo oiga mi esposo, es tan honrado,  
que sabiendo quién soy y lo que he sido,  
crédito me dará, como entendido;  
que la que sale cuerda confianza,  
ni recela peligro ni mudanza.

ENRIQUE. (*Ap.*) (Elvira en este pleito de su ofensa  
probó bastantemente su defensa.)

LEONOR. Yo voy por luz para que salga.

ELVIRA. Tente,  
que mi honor no consiente  
quedar (en tanto fuego declarado)  
sola y sin luz.

ENRIQUE. (*Ap.*) (Ya mejoré de estado.)

ELVIRA. Entretanto que vengo, abre la puerta,  
no venga don Enrique y me halle muerta;  
que sin duda lo estoy, pues he llegado  
á lance tan terrible y apretado.  
(*Va D.<sup>a</sup> Elvira por luz.*)

LEONOR. Tu alteza no creyó lo que le dije;  
quien este medio elige  
no guarde en sus amores  
menos desprecios, no menos rigores.

Sale D.<sup>a</sup> ELVIRA, con luz.

ELVIRA. La luz es ésta, Leonor;  
con secreta diligencia  
saca luego deste cuarto  
por el jardín á su alteza.

LEONOR. Vamos, señor.... ¡Ay de mí!  
(*Ven á D. Enrique.*)

ENRIQUE. Elvira, esposa, no temas.

ELVIRA. Señor, Enrique, mi bien,  
yo... la luz... Leonor... su alteza...

ENRIQUE. No se oponen los errores,  
los olvidos, las tinieblas,  
á tanta luz invencible,  
á tanta pura inocencia,  
ni menos se atreven cuantas  
superiores diligencias  
puede la soberanía  
formar, donde el amor reina.  
Vos, mi bien, sois blanco armío  
de mi honor, si con destreza  
solicito cazador  
vuestro sér manchar desea.  
Buen escudo es el valor  
de la sangre y la nobleza,  
para desvanecer cuantas  
al juicio se oponen nieblas.  
Yo vi, yo oí, yo venci,  
yo supe; basta que sea  
el alma deste secreto  
dicho de aquesta manera;  
si lo que pasó no priva,  
si lo que fué de la idea  
desvanecimiento real,  
de su sueño no recuerda;  
yo, que soy el movimiento,  
que constantemente vela,  
seré á su justo desprecio  
dócil corazón de cera,  
que al sol de vuestra hermosura,  
llama pura, intacta y bella,  
de reliquias de su vida,  
transformadas en finezas.  
Pero ¿qué digo? ¿qué hablo?  
Iba á decir con soberbia  
una tirana venganza,  
y el alma, como discreta,  
apelando al tribunal  
de vuestra rara belleza,  
lo que perdió de atrevida  
lo ganó de inteligencia,  
Señor, el Príncipe...

ELVIRA. Basta;  
el oro al crisol se prueba.  
ENRIQUE. Sabe el cielo que os adoro.

ELVIRA. Toda el alma lo confiesa.

ENRIQUE. Sí, pero estoy recelosa.

ELVIRA. ¿De qué, mi Elvira discreta?

ENRIQUE. ¿Del sentimiento y disgusto  
que tuve en esta tormenta?

ELVIRA. Sí, mi bien; sí, mi señor.

ENRIQUE. Iris fué vuestra inocencia.

ELVIRA. Pues siendo así, viviré...

ENRIQUE. Edades, Elvira, eternas.

ELVIRA. Y vos siglos de cordura.

ENRIQUE. Aseguroos que esta pena  
dobló finezas al alma.

ELVIRA. ¿Qué mucho, siendo tan vuestra,  
las que os entregue, apesar

del poder y la grandeza?  
 ENRIQUE. (*Ap.*) (La probanza deste pleito,  
 honor, ha sido tan buena,  
 que el juez os asegura  
 de su mano la sentencia.) (*Vanse.*)

JORNADA TERCERA

Salen D.<sup>a</sup> MARÍA DE PADILLA y el PRÍNCIPE.

MARIA. Declárese vuestra alteza  
 si quiere darse á entender.  
 PRINCIPE. Digo que vuestra belleza  
 ha sido imán de mi sér.  
 MARIA. Si de su mucha nobleza  
 (de quien con razón se admira  
 el alma) se presumiera  
 engaño en lo que suspira,  
 mi corazón le dijera  
 que hablaba con doña Elvira.  
 PRINCIPE. Aquel amor ya pasó.  
 MARIA. De ese modo, vuestra alteza,  
 viendo que no la gozó,  
 quiere dalle á mi nobleza  
 el amor que le sobró.  
 PRINCIPE. ¿Cómo puede ser así,  
 no habiendo en ella quedado  
 el amor que no le dió?  
 MARIA. ¿No lo dice mi cuidado,  
 pues hoy tantas muestras vió?  
 PRINCIPE. ¿Cuándo?  
 MARIA. Agora.  
 PRINCIPE. Vos sabéis  
 mucho más que mi memoria.  
 MARIA. Parece que lo entendéis,  
 pues no puede haber más gloria  
 para mí que lo neguéis.  
 Enrique á Elvira miraba,  
 y ella, que no descubría  
 el amor que en vos estaba,  
 con los ojos le decía  
 que de otro dueño gozaba.  
 Platícábamos las dos,  
 y como mi amor quería  
 saber si el vendado dios  
 imperio en ella tenía,  
 le hablé, gran señor, en vos.  
 Díla una cierta señal,  
 muy propia para saber  
 si la causa de su mal  
 consistía en ser mujer,  
 enfermedad inmortal.  
 Enterrecióse de suerte,  
 que, con valerse, señor,  
 de su valor firme y fuerte,  
 poco á poco la color  
 iba llamando la muerte.  
 Los ojos, que reclinaban  
 ser fuentes para vivir,  
 tan en secreto lloraban,  
 que acordaron de partir  
 las perlas que adentro estaban.  
 Pero como su dolor  
 era efecto del penar,

apesar de su valor,  
 el uno quiso llorar  
 y el otro enjugar su honor.  
 Temerosas se asomaron  
 por las pestañas dos perlas,  
 y apenas se descolgaron  
 cuando quisieron beberlas  
 los mismos que las echaron.  
 Pero como les seguían  
 otras, y entrar no podían,  
 por no darse á conocer  
 se quisieron resolver  
 en el fuego que traían.  
 Pero como el llanto hacía  
 instancia, y nunca cesaba,  
 tanta cantidad venía,  
 que apenas una acababa  
 cuando otra luego salía.  
 Enrique reparó en ellas,  
 y ella, mudando el semblante,  
 aumentando las centellas,  
 les puso el honor delante  
 y serenó las estrellas.  
 Y tanto de enamoradas  
 ganaron como de astutas;  
 pues, para ser respetadas,  
 primero fueron enjutas,  
 don Pedro, que no lloradas.  
 Juzgad vos si en tanto amor  
 os puedo crédito dar,  
 y si puedo en mi rigor  
 reirme deste pesar  
 y llorar deste dolor;  
 pues cuando yo no supiera  
 este embarazo cruel,  
 si alguna vez lo entendiera,  
 fuera mi amor tan fiel,  
 que luego muerte me diera.  
 Y así, gran señor, tratad  
 de hacer el pecho crisol,  
 que no tiene voluntad  
 de alumbrarse de otro sol  
 la luz de mi claridad;  
 porque soy doña María  
 de Padilla, tan señora  
 de gozar mi propio día,  
 que otra puede ser aurora,  
 mas no sol, por vida mía;  
 que quien á mí me ha de amar  
 tan libre y firme ha de ser,  
 que ni al sol ha de mirar;  
 y si no, busque mujer  
 que pueda su amor llevar.  
 PRINCIPE. (*Ap.*) (¡Notable resolución!  
 Procuero en doña María  
 divertir esta pasión,  
 y con ser sol que podía  
 alumbrarme de razón,  
 no es posible.) Yo os adoro,  
 y sé que el tiempo ha de hacer  
 milagros en mi poder.

Sale D.<sup>a</sup> ELVIRA al paño.

ELVIRA. ¿Dónde camináis, decoro?  
 El Príncipe galantea  
 sin duda á doña María;  
 pero, cuidado, ¿qué importa?  
 Ame don Pedro y prosiga  
 con su pretensión, pues vos

tenéis dueño que os estima;  
 quiero volverme, quitando  
 este veneno á la vista.  
 ¡Nunca á palacio viniera!  
 Mas ¿de qué sirven las iras  
 cuando está tan libre el alma?  
 Ya murieron las cenizas  
 deste amor, ya se apagaron;  
 pero si el Príncipe envía  
 á despertar mi cuidado,  
 ¿cómo con doña María?  
 Pero ¿qué digo? ¿De quién  
 formo agravio? ¡Ay pasión mía!  
 ¡Y cómo os han despertado  
 del sueño por mi desdicha!

PRINCIPE. Id con Dios.

MARIA. El cielo os guarde. (*Vase.*)

PRINCIPE. No hay sosiego sin Elvira,  
 no hay amor.

ELVIRA. (*Llega.*) Ya le tenéis.  
 Escuchad, por vuestra vida,  
 que brevemente os diré  
 la causa de mi venida.  
 Lo que fué ya no será,  
 lo que presente se ve  
 es lo que sustenta el gusto,  
 lo que gobierna la fe.  
 Yo os quise, ya se pasó;  
 vos me amásteis, ya os dejé;  
 si os perdí, vos lo quisisteis,  
 ó, hablando verdad, el Rey.  
 Ya está hecho, y una cosa  
 que fué no deja de ser,  
 y si remedio no hay  
 para no haber sido, es ley  
 que se guarde la segunda  
 de no volver á caer.  
 Vos, señor, aquella noche  
 (sola para mi cruel)  
 no me quitásteis la vida,  
 pero el honor puede ser;  
 porque dar celos á un hombre  
 es ponerle á la mujer  
 una muerte de por vida  
 y una deshonra también;  
 porque nunca los recelos  
 de la honra pueden ser  
 borrados de la memoria  
 adonde la quieren bien.  
 En fin, ya que aquella noche  
 cuerdamente me libré  
 (que la inocencia se libra  
 de la muerte más cruel),  
 por no venir á la otra  
 os quise venir á ver,  
 para deciros, don Pedro,  
 que dejéis de pretender  
 un alma que vuestra ha sido  
 y se perdió sin querer;  
 pero entrando en esta cuadra  
 oigo, escucho, noto que  
 vuestra noble voluntad,  
 vuestra discreción cortés,  
 sirve, adora, solicita  
 (y no con pequeña fe)  
 á doña María, acción  
 tan en mi favor, que sé  
 lo que os debo, pues he visto  
 agora que me queréis,

porque el que mira mi amor  
 ese me quiere más bien.  
 Quedé tan gustosa (¡ay celos!)  
 que de vuestro amor y fe  
 os doy, señor, como es justo,  
 el lícito parabién.  
 Vos anduvisteis tan cuerdo  
 como príncipe, pues quien  
 se vence de una pasión  
 no tiene más que vencer.  
 Nuestro amor fué sombra vana,  
 y con razón sombra fué,  
 pues no siendo nada ella  
 menos lo viene á ser él.  
 Sólo siento que ayer tarde  
 me escribisteis un papel  
 tan peligroso, sabiendo  
 mi resistencia fiel.  
 Leíse para venir  
 á veros; que responder  
 por escrito, fuera en mi  
 atrevimiento cruel.  
 Excusóme la respuesta  
 el nuevo amor que tenéis,  
 templándome las palabras  
 aquel de nácar clavel,  
 aquel de nieve prodigio,  
 causa de todo mi bien;  
 él os respondió por mí;  
 pero por si acaso fué  
 este amor vuestro fingido  
 (que no lo puedo creer),  
 os suplico, os pido, os ruego  
 por aquel amor en quien  
 dos almas se coronaron  
 del más divino laurel,  
 que me dejéis, lo primero,  
 y luego, señor, que améis,  
 sin verlo, á doña María;  
 que, como la vista es  
 de dos niñas adornada,  
 y no discurren tan bien  
 como el alma, cuando miran  
 el que las quiere ofender,  
 si no se pierden, se irritan,  
 y lloran, señor, tal vez.  
 Esto os vengo á suplicar;  
 no es mucho que se le dé  
 á mi pasado deseo  
 este pequeño placer.  
 Y después déste, el mayor  
 que hacerme, señor, podéis,  
 es no verme en vuestra vida  
 ni escribirme otro papel,  
 sabiendo que sus palabras,  
 las que han sido y pueden ser,  
 la pluma que las formó  
 fué viento, y ellas también.  
 Yo tengo dueño.

ENRIQUE. (*Al paño.*) ¡Ay honor!

ELVIRA. Y vos nuevo amor tenéis.  
 Cesen los suspiros, cesen  
 las lágrimas; que no es bien  
 sacar lo que llevó el mar  
 de su lugar otra vez.  
 Doléos de mi fortuna;  
 yo tengo esposo, y no sé  
 cómo, señor, suplicaros  
 que gozar ■e le dejéis.

Valga este llanto, si priva  
 en vos lo que solía ser,  
 mandamiento de cristal  
 en un renglón de clavel.  
 Sirva este afecto amoroso,  
 que un tiempo cariños fué,  
 y agora, helado cadáver,  
 se ha convertido en desdén.  
 No vea yo, si gustáis,  
 este pequeño bajel  
 anegarse entre los celos,  
 y entre la fama perder.  
 Despierten estos afectos  
 las cenizas que hoy se ven,  
 si del honor apagadas,  
 encendidas por la fe.  
 Don Enrique es caballero,  
 vos príncipe, yo mujer,  
 muy dama doña María,  
 buen casamentero el Rey;  
 conquistad otro deseo,  
 que no sé yo que haya ley  
 de amar una y seguir otra,  
 valiéndose del poder.  
 Concededme este favor,  
 otorgadme esta merced,  
 prometedme esta fineza,  
 ofrededme aqueste bien;  
 porque, si no bastan ruegos,  
 ansias, suspiros y fe,  
 bastará matarme yo,  
 pues fácilmente podré;  
 y entonces os doy licencia  
 que el corazón me saquéis,  
 adonde hallaréis escrito  
 que el amor que os tuve fué  
 salamandra, que en el fuego  
 del honor pudo tener,  
 si no llama, algún calor,  
 si no ardor, algún tropel  
 de cenizas abrasadas,  
 que entre celoso desdén  
 dicen á voces, notando  
 de mi honor el rosicler:  
 «Arded, corazón, arded;  
 que yo no os puedo valer.» (Vase.)  
 Fuése, y dejó el corazón  
 más confuso; pero sé  
 que si no me tiene amor,  
 va celosa, y es mujer.  
 Y pues mi loca pasión  
 tanto me aflige, seré  
 César ó nada; que así  
 he de morir ó vencer. (Vase.)

**Sale D. ENRIQUE.**

**ENRIQUE.** «¿César ó nada? ¿Que así  
 he de morir ó vencer?  
 V ¿arded, corazón, arded;  
 que yo no os puedo valer?»  
 ¡Oh, si el dolor me acabara!  
 ¡Oh, si el ansia fin me diera!  
 ¡Oh, si el pesar consumiera  
 vida que cnesta tan cara!  
 Díóme el Rey (¡quién lo pensara!)  
 la muerte por el honor;  
 mas, si el físico mejor  
 tal vez mata por dar vida,  
 condenaré la bebida,

pero no podré el doctor.  
 Quiso el Rey por su virtud  
 curarme á su fantasía,  
 y yo, que salud tenía,  
 quise perder mi salud;  
 y siendo así, ¿qué inquietud  
 puede aliviar mi pesar?  
 Mejor me fuera quedar  
 con mi regla de vivir,  
 que el físico de adquirir  
 consiste en el conservar.  
 Ya, con esta información,  
 ¿qué sentencia puede haber,  
 donde yo pueda tener  
 debida satisfacción?  
 Honor, en esta ocasión,  
 poco á poco me valed;  
 y pues sois firme, creed  
 que está cerca de morir  
 la que se dejó decir:  
 «arded, corazón, arded.»  
 No es cobardía ignorar  
 lo que ha vencido el amor,  
 ni es flaqueza del valor  
 sentir, temer y dudar:  
 ya llegásteis á escuchar  
 lo que sin duda ha de ser;  
 muy cerca estáis de caer;  
 ya sois de Elvira enemigo,  
 pues dijo, hablando conmigo,  
 «que yo no os puedo valer.»  
 Ojos, en tal ocasión,  
 llorar no ha sido flaqueza,  
 ni el morir será nobleza  
 sin restaurar la opinión;  
 y pues tiene corazón  
 don Pedro para ofender  
 mi honor, yo quiero tener  
 licencia, diciendo aquí:  
 «César ó nada; que así  
 he de morir ó vencer.»

**REY.** (Al *pañó.*) (¿Don Enrique solo hablando?  
 Quiero escuchar este error.)

**ENRIQUE.** El Rey quiso darme honor;  
 pero no advirtió que cuando  
 su amor me fué levantando,  
 mi honor, sin hacer estruendo,  
 iba al abismo muriendo.  
 ¡Oh, mal haya la balanza  
 que levantó mi privanza  
 cuando mi honor fué cayendo!  
 Cielos, quitadme la vida  
 ó remediad mi dolor;  
 que quien vive sin honor,  
 siempre la tuvo perdida;  
 ya mi fama está ofendida,  
 mi espíritu no ignoraba,  
 cuando receloso estaba,  
 esta rigurosa ley;  
 quitóme el honor el Rey  
 y entendió que me le daba.

**Sale el REY.**

**REY.** «Quitóme el honor el Rey  
 y entendió que me le daba.» —  
 ¿Don Enrique?

**ENRIQUE.** Gran señor.  
**REY.** ¿Quién estaba en esta cuadra  
 con vos? ¿Qué voces son esas?

ENRIQUE. No son, gran señor, sin causa.  
REY. ¿Vos con tanto sentimiento?

¿Vos con la color mudada?  
¿De qué tembláis?

ENRIQUE. El león,  
cuando tiene la cuartana,  
Etnas por los ojos vierte.

REY. Sosegáos.

ENRIQUE. No son las ansias  
de calidad tan severa.

REY. Hablad, pues. ¿Quién fué la causa  
de vuestro mal?

ENRIQUE. Fuisteis vos;  
perdonad, que no os agravia  
una lealtad ofendida  
y una perdida esperanza.

REY. Solos estamos los dos;  
pues vuestra prudencia es tanta,  
valéos della, dadme cuenta  
de todas vuestras desgracias;  
yo soy rey y amigo vuestro,  
y sabré remediar cuantas  
al juicio se oponen nieblas,  
aunque más lleguen al alma.

ENRIQUE. Bien os acordáis, señor,  
que viniendo una mañana  
á tomar cierto despacho  
para Roma, en esta cuadra  
me mandásteis, me dijisteis  
que diese, por mi desgracia,  
aquella noche, señor,  
la mano á Elvira, y que al darla,  
ó primero que la diese,  
no sin recelo del alma,  
os pregunté si mi esposa  
algún caballo amaba.

REY. Es verdad; pasa adelante.

ENRIQUE. Y que en fe de la palabra  
vuestra, me casé con ella,  
debajo de confianza  
de que otro amor no tenía.

REY. Ella así lo confesaba.

ENRIQUE. Pues os engaño, señor.

REY. ¿Qué decís? Mirad que es falsa  
esa información. Enrique,

quien eso dijo os engaña.

ENRIQUE. Yo soy de mi mal testigo.

REY. ¿Pues quién, Enrique, la amaba?

ENRIQUE. El Príncipe, vuestro hijo.

REY. Turbado me habéis el alma;  
reparad que en estas cosas  
los más prudentes se engañan.

ENRIQUE. Los hombres de mi valor,  
cuando desta suerte hablan,  
dicen, señor, lo que han visto.

REY. ¿Y qué habéis visto?

ENRIQUE. En mi casa  
ví al Príncipe; y si mi honor  
tuviera la comía mancha,  
que el vulgo llama deshonra  
y el cuerdo valor infamia,  
ni doña Elvira viviera,  
ni yo, señor, me quejara;  
que un delito cometido  
sólo pide la venganza.

Los que tengo son recelos,  
las que aguardo son mudanzas,  
las que anuncio son fortunas,  
las que espero son desgracias.

Doña Elvira, si no tiene  
amor, tiene muchas ansias;  
el Príncipe dijo agora  
que ha de ser César ó nada.

Hasta agora me he valido  
como la nube del agua;  
pero viendo que me aprietan,  
que me afligen, que me matan

dos elementos fogosos,  
tridentes que me maltratan,  
para defenderme dellos,  
en lo secreto del alma

el honor (sol de la vida)  
el rayo celoso fragua;  
antes que salga, señor,  
en los hombros de la fama,

pues vos fuisteis el autor  
desta, por mi mal, borrasca,  
desta, por mi mal, fortuna,  
última y sola desgracia,

remediadla si podéis;  
que si se rompen las pardas  
nubes de la fantasía,  
no ha de quedar de mi casa

átomo que no consuma  
en el fuego de mis ansias;  
y no quisiera, señor,  
que deste rayo saltara,

sin querer, una centella,  
que á vos y á mi me pesara;  
pues cuando el fuego se enciende  
para abrasar una casa,

tan presto postra un tabique  
como la almena más alta.

REY. Sosegáos; que la pasión  
que tenéis os desbarata  
la que gozásteis cordura.

ENRIQUE. No hay cordura en pena tanta;  
vos me casásteis, señor.

REY. Don Enrique, no os casara  
mi amor si ese amor supiera;  
todo el mundo es ignorancia,  
doña Elvira es tan prudente  
como noble y como honrada;  
no os ceguéis con un recelo.

ENRIQUE. Son muchos los que me agravian.

REY. Como está libre el honor,  
los recelos nunca matan.

ENRIQUE. Señor, la honra es espejo  
adonde se mira el alma;  
si hoy un recelo le turba,  
otro le ofende mañana.

El que quisiere tenerle  
cristalino como el alba,  
ó purifique las nieblas  
ó rompa su luna blanca;

que aguardar á que se eclipse,  
cuanto es locura, es infamia,  
que es la mujer un espejo  
que no consiente dos caras.

REY. Cinco leguas de Sevilla,  
tenéis, Enrique, una casa,  
que al pie de Sierra Morena  
es honra de sus montañas;

llevad allá á doña Elvira,  
entretanto que se trata  
de dar estado á don Pedro. (Vase.)

ENRIQUE. Quiera Dios que esta jornada  
sea para que mi honor

se libre de esta borrasca,  
ó para que se acredite,  
con una justa venganza,  
todo el lustre de mi sangre,  
todo el blasón de mi casa. (*Vase.*)

**Sale el PRÍNCIPE.**

PRINCIPE. Si puede una pasión de amor rendirse á la razón de un justo sentimiento, júzguelo quien tuviere entendimiento; que un noble amor no debe arrepentirse. Mal puede quien adora dividirse del ídolo que adora el pensamiento; que un culto idolatrado no es violento y debe al corazón constante unirse. Adoro á Elvira, y si mi fe condeno, no por morir he de perder la palma, cuando bebo con gusto este veneno; piérdase, pues, la vida en tanta calma; que el martirio de amor, aunque no es bueno, al fin es gloria que apetece el alma.

**Sale LIMÓN.**

LIMÓN. No ví partida tan breve.  
PRINCIPE. ¿Dónde caminas, Limón?  
LIMÓN. Don Enrique y doña Elvira  
agora parten, señor,  
en una carroza que  
puede ser jaula del sol,  
al pie de Sierra Morena,  
á su palacio; y Limón,  
desta novedad suspenso,  
no sabe si vaya ó nó;  
digo, si vaya tan luego,  
porque apenas mi señor  
entró en casa, cuando «pica»  
dijo al cochero, y, por Dios,  
que fué perezoso el rayo  
y hielo la exhalación;  
voy á jurar de salvaje  
á ese moreno balcón  
de los astros, si no mandas  
lo contrario; que sé yo  
que no lo harás por dejarme  
ir á ser embajador  
de mí mismo, tropezando,  
como otros, de flor en flor,  
de peña en peña; y por que  
me están aguardando, adiós. (*Vase.*)

PRINCIPE. Receloso don Enrique,  
sin duda, de mi pasión,  
se ha ausentado de la corte,  
pero no sufre mi amor  
esta rigurosa ausencia;  
seguiré este nuevo sol,  
que á diferente horizonte  
inclina su resplandor.  
Don Pedro el Cruel me llaman,  
soy príncipe, tengo amor,  
y si don Enrique es noble,  
primero he nacido yo. (*Vase.*)

**Salen D. ENRIQUE, D.<sup>a</sup> ELVIRA y LEONOR.**

Esta breve partida sólo ha sido  
gusto del Rey. (*Vo vengo sin sentido.*)

ELVIRA. (*Ap.*)  
ENRIQUE. Quiere, esposa y señora,  
á la primera aurora  
venir á divertirse con la caza

en ese bosque que soberbio abraza  
las dóricas columnas de esa sierra.  
La caza, como imagen de la guerra,  
es propia del valor.

ELVIRA.

ENRIQUE. Ya nuestra quinta,  
á quien el Mayo pinta  
de diversos colores, divisamos;  
en las alas del viento caminamos.  
Entre tanto, mi Elvira,  
que dispongo la caza, te retira  
á esa de flores corte soberana,  
donde la primavera, siempre ufana,  
enamora constante  
ese del cielo cándido diamante. (*Vase.*)

ELVIRA. Leonor, ¿qué fortuna es ésta?  
LEONOR. Señora, si el mundo todo  
es una comedia, donde  
el tiempo, poeta heróico,  
trágicos fines admite,  
no menos intenta loco  
atropellar inocencias  
con escándalos notorios.

ELVIRA. Permita el cielo...  
LEONOR. Detente;

por lo ameno deste soto  
dos gallardos caballeros  
diviso entre aquellos olmos,  
y se vienen acercando  
á la plata deste arroyo.

ELVIRA. Si, como corre ligero,  
llevara mis males todos,  
cadáver fuera de vidrio,  
urna fuera de sí propio.  
¡Ay Leonor! Algún engaño  
de don Enrique, mi esposo,  
es éste, que los recelos  
del honor son siempre locos.  
LEONOR. Retirémonos.

ELVIRA. No puedo,  
porque á cada paso topo,  
si no la muerte, el peligro,  
si no el peligro, el asombro.

**Salen el PRÍNCIPE y FÉLIX.**

Caballero rebozado  
(si lo es quien deste modo  
toma tanto atrevimiento),  
¿quién sois? Descubrid el rostro.

PRINCIPE. Elvira, el Príncipe soy.

ELVIRA. ¡Válgame el cielo!

PRINCIPE. Los ojos  
eclipses fueron de nieve.  
(*Desmóyase D.<sup>a</sup> Elvira.*)

¿Señora? ¿Elvira?

LEONOR. Notorios  
son los riesgos. Vuestra alteza  
se retire, que su esposo,  
mi señor...

**Sale D. ENRIQUE.**

¡Qué miro, cielos!

PRINCIPE. (*Ap.*) ¡Enrique! Perdidos somos.  
Por divertirme en la caza,  
con don Félix vine solo  
á veros, y á doña Elvira  
un accidente penoso  
le cogió sobre esas flores.

ENRIQUE. (*Ap.*) ¡Mal mi cólera reporto!  
Ordinarios accidentes

son, señor, los que yo lloro;  
sacarle de la manga  
el pañuelo, y deste modo  
tendrá espíritus el lienzo  
de los rayos de sus ojos.)  
(*Sácale de la manga el pañuelo con un papel  
y vuelve D.<sup>a</sup> Elvira en sí.*)

ELVIRA.

¡Válgame Dios! ¿Don Enrique,  
mi bien, mi señor, mi esposo?

ENRIQUE.

Su alteza, que vino á honraros,  
tenéis presente. (*Ap.*) (No rompo  
las leyes de la cordura  
por ser cuerdo deste modo.)  
¡Iola! Acompañad á Elvira  
al palacio.

PRINCIFE.

Iremos todos.

ENRIQUE.

¡Tanta merced, gran señor!

ELVIRA.

Leonor, si el cielo piadoso  
no vuelve por mi inocencia,  
yo seré blanco afrentoso  
de la fortuna y el tiempo,  
enemigos rigurosos,  
(*Vanse todos menos D. Enrique.*)

ENRIQUE.

Conocido es el delito,  
el amor es bien notorio,  
mi agravio es bien entendido,  
y muy factible mi oprobio;  
y pues todo daño es cierto,  
séalo el castigo y todo.  
En la manga este papel  
cerrado estaba; yo rompo  
la neta para morir  
ó para vivir, que hay modos  
de caracteres que tienen  
imperio majestuoso,  
que á algunos suelen dar vida  
y la muerte dan á otros.  
Este papel, forma leve  
de lo vano del favonio,  
será de Elvira el cuchillo  
ó el antídoto costoso.  
¿Quién vió en tan flaca materia  
dos contrarios poderosos?  
De doña Elvira es la letra;  
no es buen testigo de abono  
ser suyo el papel; mas puede  
ser cifra de su decoro  
escribiéndole desdenes:  
mal disculpo lo que lloro.  
La mujer noble que escribe  
á otro dueño que á su esposo,  
ó tiene poco de cuerda,  
ó pretende deste modo  
acreditarse de honrada,  
haciendo al honor soborno;  
que esto de andar con papeles  
daña mucho y cuesta poco,  
que el laberinto de pluma  
es la mariposa al torno;  
empieza con poco fuego  
y acaba en ceniza todo.  
Dice el papel: (*Lee.*) «Don Enrique  
anda, señor, cuidadoso;  
yo voy á morir por vos,  
pues lo trazásteis de modo  
que la vida y el honor  
penden de un recelo solo.  
No os suplico que os quedéis  
en la corte, pues conozco

que queda doña María  
volviendo por mi decoro.  
Doléis de quien os quisó,  
bastan los empeños locos;  
descansad en otros brazos,  
en tanto que yo los lloro,  
y no me vengáis á ver,  
si no queréis, riguroso,  
quitaros á vos el gusto  
y á mí doblarme el enojo.»  
Declaróse; ya no es tiempo  
de discursos enfadosos,  
argumentos de la vida  
y disculpas del oprobio.  
Celos de doña María  
arruinaron este escollo,  
derribaron este alcázar,  
deslucieron este adorno,  
mancharon esta pureza  
y ajaron este pimpollo;  
que la oposición del gusto  
es duelo tan riguroso,  
que quita al honor la vida  
y da la muerte al decoro.  
Salgan, salgan los suspiros  
del espíritu, y en hombros  
de la cólera se vuelvan  
rayos tan escandalosos,  
que lo profundo del daño  
y lo secreto del ocio  
tiemblen, duden, conociendo  
los efectos del enojo.  
Muera, muera este prodigio  
de belleza; y desde el globo  
de la hermosura soberbia,  
de la vanidad del solio,  
baje, baje deshaciendo  
el aire caliginoso  
con tal fuerza, que la fama,  
con intrépido alboroto,  
diga, pregone, publique  
(por su círculo redondo)  
á lo que obliga el honor  
en un noble poderoso. (*Vase.*)

**Salen** por el lado del tablado LEONOR y LIMÓN, como  
que suben á una sierra.

LIMÓN.

Sube, Leonor, á la sierra,  
si te quieres enseñar  
silvestremente á cazar,  
que es imagen de la guerra.

LEONOR.

Limón, á caza tan alta,  
¿quién ha de poder llegar?

LIMÓN.

Yo no la podré alcanzar.

LEONOR.

Á mí el aliento me falta.  
(*Haya ruido de caza y digan dentro.*)

UNO.

Por ese repecho sube  
el ligero jabali.

LIMÓN.

¿Adónde voy por aquí  
hecho volatín de nube?

UNO.

Al monte.

OTRO.

Á la sierra.

OTRO.

Al llano.

*Por el otro lado de la sierra se vean D.<sup>a</sup> Elvira  
y D. Enrique.*

ENRIQUE.

Ésta, Elvira, que en el cielo,  
vecina sierra, se viste  
de estrellas y de luceros,

es la parte más segura  
para llamar los monteros.

ELVIRA. ¿Adónde vamos, señor,

*Por donde subieron Leonor y Limón se vean  
el Príncipe y D. Félix.*

PRINCIPE. Enrique y Elvira eniendo  
que tomaron lo más alto  
de la sierra.

LIMON. Parecemos,  
Leonor, sobre aquestas torres,  
cazadores de vencejos.

ELVIRA. Mirad, señor, que ese risco  
precipitado y soberbio  
está amenazando el llano.

ENRIQUE. No temas.

ELVIRA. Querido dueño,  
todo es horror cuanto miro,  
todo abismos cuanto veo.

ENRIQUE. *(Ap.)* (Honor, ya tenéis la causa,  
salgan della los efectos;  
vivid vos y muera Elvira.)

ELVIRA. ¡Señor, señor!

ENRIQUE. No te puedo  
socorrer.

ELVIRA. ¡Enrique, esposo!

ENRIQUE. *(Ap.)* ¡Qué dolor!

ELVIRA. ¡Válgame el cielo!

*(Por un artificio despeña á D.<sup>a</sup> Elvira.)*

ENRIQUE. Monteros, gente, criados,  
acudid, que Elvira ha muerto.

PRINCIPE. ¡Qué voces tan dolorosas!

*En tanto que bajan los que están en la sierra,  
salen el Rey y su gente.*

REY. Apenas al monte llego,  
cuando el corazón me dice  
lo que dudo y lo que temo.

**Sale** D. ENRIQUE sin capa y sombrero y toda  
la compañía.

ENRIQUE. Hombres, fieras, aves, plantas,  
montes, sierras, prados, cielos,  
oid la mayor desdicha,  
sentid el mayor suceso,  
lamentad la mayor furia,  
llorad el mayor portento  
que la fortuna escribió

en los anales del tiempo.

REY. Don Enrique, ¿qué alboroto,  
qué llanto, qué horror, qué estruendo  
la sierra entorpece á voces?

ENRIQUE. Sobre esos montes soberbios,  
Elvira y yo, gran señor,  
con el príncipe don Pedro,  
salimos á caza *(¡ay tristes!)*,  
y queriendo de su extremo  
divisar un jabalí  
que atravesó el valle *(¡oh cielos!)*

¿por qué no acabáis mi vida?  
á mi esposa *(¡qué portento!)*  
se le fué el pie desde el monte  
y bajó al valle de un vuelo.

Volved los ojos, mirad  
apagado el mejor cielo,  
sin luz el mayor planeta,  
eclipsados los luceros,  
sin esperanza el amor,  
ella sin alma y yo muerto.

PRINCIPE. Perdonadme; que el dolor,  
el angustia, el sentimiento  
me va acabando la vida. *(Vase.)*

REY. Don Enrique, si los cielos  
os dieron por fuerza esposa,  
ya os quitaron lo que os dieron,  
y pues yo acerté tan mal  
en aqueste casamiento,  
acertad vos en llorar  
este trágico suceso,

y vivid en el segundo,  
pues errásteis el primero.  
LEONOR. Limón, porque la comedia  
no acabe sin casamiento,

¿quieres alargar la mano?  
LIMON. Quiero, mas con un concierto:  
que has de venir á cazar  
á Sierra Morena.

LEONOR. Apelo.

ENRIQUE. Y el poeta, dando fin  
á este trágico suceso  
de Á LO QUE OBLIGA EL HONOR,  
que os lo da por verdadero,  
os pide perdón, pues es  
para serviros su ingenio.



